

## ¿Qué me enseñó la montaña?



Desde el inicio del sendero en Las Moyas, mi mirada hacia la montaña estaba teñida por un pensamiento dualista: la veía como un reto a conquistar, un obstáculo a superar, una prueba de mi resistencia. Este enfoque, profundamente arraigado en la idea de que la naturaleza es algo separado de nosotros, algo que debe ser dominado y sometido, me acompañó en los primeros pasos de la caminata. Encaraba la montaña como una adversaria y no como una amiga.

Sin embargo, con cada escalón que subía, con cada roca que trepaba, algo comenzó a cambiar. No era yo quien superaba la montaña, sino la montaña la que me acogía. El agua, en lugar de ser solo un obstáculo que convertía el suelo en lodo resbaladizo, se volvía un recordatorio de la interconexión entre los elementos ¿La interconexión entre la montaña y yo? Sus ríos voladores, su humedad y la lluvia refrescaban el aire que llenaba mis pulmones cuando me detenía a respirar. Las raíces de sus árboles se volvían apoyo, las piedras una extensión de mis pasos, el lodo un medio de adaptación en lugar de una dificultad.

La visión relacional de la naturaleza comenzó a tomar forma ante mis ojos. La montaña no estaba allí solo para ser superada, sino para ser experimentada en su plenitud, admirada. Sus colores, su vegetación, sus sonidos- como el sonido de los carros se convertía en el canto de los pájaros- eran manifestaciones de una vida que no se oponía a la nuestra, sino que la sustentaba. Y entonces llegué al agua. Ríos que se hacían entre las piedras, cascadas que caían por su cuerpo y una inmensa humedad que envolvía la montaña, anunciando la proximidad del páramo. Los frailejones, guardianes hermosos de este ecosistema, absorbían el agua del aire,

la condensaban en sus hojas esponjosas y la dejaban fluir hacia la ciudad. Un ciclo de vida que hemos interrumpido, sin comprender del todo.

En Bogotá, esa misma agua que el páramo nos regala cambia de curso a nuestra voluntad. La canalizamos, la explotamos, la privatizamos, y en muchas ocasiones la contaminamos o la desperdiciamos. Nos hemos convertido en arquitectos de su domesticación, traspasando sus fronteras y olvidando que el agua tiene su propio ritmo, su propio orden. En lugar de integrarnos en ese ciclo, lo violentamos al provocar incendios que secan la montaña y matan cada parte de su vida. Llamamos "desastre natural" a lo que en realidad es consecuencia de nuestra intervención e inacción por un cambio sostenible.

La montaña me enseñó que la vida solo genera vida cuando se le permite fluir. No se trata de conquistar la naturaleza ni de apropiarnos de sus recursos, sino de aprender a habitarla, a admirarla. De reconocer que somos parte de un entramado más grande en el que cada raíz, cada frailejón y cada gota de agua tienen un papel fundamental. En Las Moyas, la dualidad se rompió, y en su lugar quedó una certeza: la montaña y yo no somos opuestas, somos amigas.